

## A MODO DE EPILOGO

P. Montserrat<sup>1</sup>, E. Zorita<sup>2</sup> y J.L. González Rebollar<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Instituto Pirenaico de Ecología, CSIC. Apdo. 64.E. 227000 Jaca, Huesca.

<sup>2</sup> Estación Experimental del Zaidín, CSIC. Prof. Albareda 1, 18008 Granada.

<sup>3</sup> Facultad de Veterinaria. Universidad de León, 24071. León.

Con frecuencia, al realizar una síntesis de nuestras investigaciones, al hacerlo de las conclusiones que creemos derivadas de ellas, o simplemente, al sopesar nuestros conocimientos, nos enfrentamos a uno de los riesgos más conocidos del oficio investigador, un secreto "a grandes voces": **al riesgo de ser obvios**. Se diría que a la investigación no se la financia para ser "obvia". Al contrario, es en el cripticismo donde encuentra buena parte de su crédito. Ser críptico aleja el riesgo de ser plenamente comprendido, lo aleja respecto del neófito (asegurándose que siga siéndolo) y más aun respecto del colega (del que, si no su respeto, al menos garantiza sus dudas). Pero el riesgo se hace aún mayor cuando de lo que se habla es de "cosas vulgares". Y, sin embargo, toda síntesis verdadera, en especial si abarca una dilatada trayectoria profesional, ha de encerrar el valioso germen de la obviedad y aspirar a ser plenamente comprendida.

Por ejemplo, es obvio que España es un país mediterráneo. Una obviedad comprendida durante siglos por quienes no tuvieron otra posibilidad que comprenderlo, los mismos que acertaron a desarrollar unos hábitos y sistemas de aprovechamiento de los medios disponibles, en los que el agua nunca perdió el carácter de ser un bien escaso, muy localizado e impredecible; en los que la fuerte estacionalidad climática recomendaba el cambio de las prácticas o un desplazamiento de los hombres y las haciendas; y en los que la diversificación de usos no solo respondía a la necesidad de complementar unos recursos con otros, sino también a la de minimizar las consecuencias del resultado incierto que cada año habría de traer.

Que la vaca es un herbívoro no solo es otra obviedad, sino también una "vulgaridad", como sería decirlo del caballo, la oveja, o la cabra. Tan obvio como extensivo es hacerlo a los demás fitófagos del planeta (vertebrados e invertebrados) que aprovechan los recursos vegetales de los que dependen, pero también en cuyos ciclos vitales, dinámica y evolución intervienen. Lo hacen desde mucho antes de que el hombre aprendiera (en parte) a imitarlos.

Pero el hombre tecnológico, en aras de la *modernidad* se ha creído *innovador* al subestimar esas obviedades; no lo hizo por ignorancia o por falta de datos, sino por *aculturación*. Construyó en las ramblas porque le parecieron espacios desaprovechados, no porque desconociera la opinión de sus mayores, que lo desaconsejaban. Decidió implantar cultivos "monoespecíficos y foráneos", no porque desconociera su origen alóctono, que tuvo que costear, sino porque le parecían más productivos y rentables que los de su tierra. Pero, al menos en gran parte del espacio agrario extensivo, no ha podido desconocer las aún mayores voces de su entorno ecológico, que le ha respondido con plagas, incendios y fracasos. Recientes son los ejemplos en los que la *innovación* le ha llevado a subestimar que los herbívoros son herbívoros (no carnívoros, ni detritívoros), y esta vez con resultados graves para su propia salud.

El gestor *universal* está convencido de que debe distinguirse por su capacidad para tomar decisiones rápidas, sobre grandes extensiones de terreno y muchos recursos. No es un pensador, sino un hombre de acción, y le molestan tanto la prudencia como el esperar paciente. Propugna acciones rápidas y espera respuestas inmediatas. Pero nuestro ambiente (agrario y natural) no responde bien a tales expectativas; es muy poco *universal*: tiende a pormenorizarse en teselas de pequeña escala y desigual vocación, y sus respuestas son siempre lentas. La fuerte variación de las características del medio y la enorme irregularidad climática lo determinan así.

Es cierto que, protegidos en ciudades cada vez más globalizadas, cada vez más desvinculados del ambiente natural que nos rodea, alimentamos una fuerte impresión de omnipotencia técnica. Pero quizá -ante los interrogantes que se abren en la reorientación de nuestros agrosistemas desfavorecidos- lo que determina la pobreza de las respuestas no sea tanto la cacareada *falta de medios*, como las consecuencias de la aculturación colectiva que padecemos. Porque, de hecho, la reconocida eficiencia de muchas prácticas tradicionales, no residía tanto en su adaptación sensata a las características limitantes de cada ambiente concreto, sino en haber logrado ir más allá de la mera observación e imitación, traduciéndose en elementos culturales que se aprendían desde la infancia.

Cuando los medios disponibles son limitados, la eficiencia sólo se consigue a través de una organización adecuada. Pero dicha organización, como respuesta a las posibilidades del entorno, únicamente se adquiere por observación atenta, con naturalidad y sin prisas. Es imposible preverlo todo en nuestro cambiante entorno mediterráneo, y más aun el poder hacerlo siempre con oportunidad. Históricamente, sólo la experiencia acumulada por varias generaciones ha sido capaz de integrar las señales, los datos y los factores de riesgo que, de forma dilatada en el tiempo, nos suministra la variabilidad ambiental mediterránea. Sólo una prolongada valoración de los eventos consigue separar la *señal del ruido*, y aprender así las soluciones experimentadas, alertar sobre los peligros, y llenar la memoria colectiva de jalones de conocimiento, mecanismos de prudencia y hábitos contra la desmemoria.

Atendiendo al entramado de señales y diagnósticos que ha regido durante siglos los mejores ejemplos de la gestión mediterránea, convendría decir que mucha *sabiduría* rural sería traducible en un repertorio de *sistemas expertos*. Pero nadie traduciría hoy a un instrumento tan moderno una práctica de diagnóstico "tan antigua". No más antigua, por cierto, que la de la *medicina general*, que, en cambio, sí ha logrado dar este salto. Pero es que, además, apenas quedan *expertos* en nuestro mundo rural. La señal de los animales migradores, la floración de las plantas, o los bioindicadores de buen o mal augurio, no solo han perdido a quienes sabían interpretarlos, sino también su crédito.

Es verdad que una parte de los movimientos sociales más sensibilizados y la supervivencia heroica de no pocos profesionales, ha conseguido atemperar un poco esta tendencia displicente. Pero seguimos pensando que muchas soluciones de nuestros problemas llegarán de fuera, que nuestros climas son indeseablemente secos e imprevisibles, que nuestros montes son una fácil presa de las llamas, que los pastores ya son cosa del pasado, y que lo mejor para nuestras tierras *desfavorecidas* por la PAC es el abandono agrario, la reforestación masiva, o su incorporación a la red de los espacios naturales protegidos.

En todo caso, pocas veces se advierte que tales zonas *desfavorecidas* por la PAC, abarcan una gran parte del país. Suponen, de hecho, casi las dos terceras partes de la *Superficie Agrícola Útil* (SAU) de España y su reconversión afecta, de una manera directa, a más de un tercio de la población rural. Son zonas, básicamente vinculadas a modelos agrarios de tipo familiar, muy inadecuadas (social y ecológicamente) para las propuestas de desarrollo que admiramos en otras latitudes. Hoy, tras la Cumbre de Río (1992), el Programa 21, consensuado en la Conferencia de Naciones Unidas sobre *Medio Ambiente y Desarrollo* (CNUMAD) recoge al respecto diversos títulos clave. El capítulo 13 (por ejemplo) sobre *Desarrollo Sostenible de las Zonas de Montaña* advierte a la comu-

nidad científica internacional sobre la carencia de programas de asesoramiento para elaborar unos planes de acción, e inversión, destinados a estas zonas. Programas que fomenten el desarrollo de tecnologías y actividades apropiadas a la capacidad de uso de sus recursos, **advirtiendo la urgente necesidad de establecer vínculos entre los sistemas tradicionales de uso de la tierra y aplicaciones de la ciencia con tecnología útil.**

Recogiendo las llamadas de atención de los foros internacionales mencionados, la titulada agricultura "sostenida" (mejor que *sostenible*), revaloriza hoy el significado de muchos modelos mediterráneos ancestrales. Muchos sistemas de agricultura, silvicultura y piscicultura tradicional se ven respaldados, en efecto, no solo por la coherencia de sus respuestas al mosaico vocacional del territorio, sino también por su implicación en el mantenimiento de unos elevados niveles de biodiversidad, en el de la conservación del patrimonio genético de nuestras razas autóctonas, e –igualmente– en el de otros muchos valores culturales, que deseamos conservar.

Es obvio que nuestros *agrosistemas* deben evolucionar con los tiempos, y que los modernos paradigmas *medioambientales* orientan la exploración de muchas alternativas, pero también es manifiesto que pocas veces se ha acertado con la estrategia correcta. El error más frecuente ha sido olvidar que, en nuestras humanizadas tierras, las relaciones entre lo *ecológico* y lo *cultural* va mucho más allá de la valoración ambiental estricta. Por ejemplo, la creciente red de *Parques y Reservas* apenas ha integrado a la comunidad históricamente *propietaria* de la tierra, y menos aún a sus prácticas más conservadoras, cuando muchas de ellas son las responsables del patrimonio que las mencionadas figuras de protección legal desean preservar. No se trata de ensalzar lo tradicional por lo serlo, sino de comprender que los mejores "ejemplos de gestión rural" lo que reflejan es una extraordinaria salud cultural en sus artífices. El paisaje es el espejo de esta salud.

Hoy no existen tantas limitaciones técnicas como antes había, pero se subestima la importancia de contar con una colectividad rural culturalizada. Sin embargo, es sobre dicha base cultural auténtica donde mejor se asimilan las nuevas técnicas mejoradoras. Ahí, validadas en el contexto cultural que las hace eficaces, es donde pueden crecer las nuevas propuestas, extenderse los ejemplos que arrastren, surgir los hábitos más útiles, y percibirse la implicación de cada comunidad en las soluciones de "su tierra". Se olvida con demasiada frecuencia que nuestras comunidades rurales son comunidades adultas, que esperan y agradecen el apoyo del técnico y del gestor formado, pero que jamás aceptan la imposición paternalista. A nadie le satisface que le consideren menor de edad, ni se apunta a una frustración colectiva, por muy enmascarada que se la presenten bajo la forma de ayudas o subvenciones. El joven que heredará la tierra, que busca el porvenir en su comunidad, ha de sentirse implicado en un contexto vitalista o revitalizado que no reniega de sus *raíces culturales*, e incorporar a la comunidad en la toma de decisiones sobre su tierra es el único camino verdaderamente *digno* y "sostenible".

Pero no hay que buscar malos ejemplos al respecto, entre los gestores modernos. Varios de nosotros podemos reconocer en nuestra propia trayectoria profesional momentos en los que nuestros trabajos se orientaban hacia la optimización tecnológica con descuido de la ecología humana. Un conocido (y autocrítico) párrafo de Lovelock muestra hasta qué punto se han olvidado estas cosas en distintos momentos del desarrollo europeo: *me acuerdo de los sermones a los jóvenes agricultores –dice el autor<sup>1</sup>– acerca de la ineficacia de los setos que dificultaban el movimiento libre de las máquinas alrededor del campo, en el desperdicio de los prados dejados como pasto permanente en comparación con una buena cosecha de monocultivo de centeno. Nunca pensamos que el mensaje fuese oído de manera tan completa que el gobierno se animara a elaborar una ley que dio lugar a la eliminación de los setos y a la remodelación del comercio agrícola. Ni pasó por nuestra imaginación que la mayoría de los agricultores jóvenes comparten con la mayoría de jóvenes de todas partes su fascinación por los juguetes mecánicos.*

<sup>1</sup> J. Lovelock, *Las edades de Gaia*. Tusquet Editores. Barcelona. 1993.

Los firmantes de esta comunicación podemos recordar los momentos en los que la atención del país se volcó hacia los sistemas intensivos de producción. No se previeron las consecuencias demoledoras para el campo español de la desaparición de los sistemas tradicionales, no se supo prever que transcurrido poco tiempo, la atención europea iba a dejar de centrarse en la cantidad de productos obtenidos, para poner el acento en la calidad y que muy poco más tarde, ahora mismo, el objetivo fundamental de la política agraria de la Unión Europea iba a ser la conservación y revitalización del medio rural. El hecho irreducible y obstinado es que se abandono a su suerte a los grupos que estaban intentando aplicar al campo español, precisamente en sus áreas más desfavorecidas, las virtualidades de la investigación científica. Los componentes de estos grupos sacaron pronto las conclusiones pertinentes. Unos pasaron a ocuparse de temas de mucho mayor lucimiento y rentabilidad inmediata, dentro de la comunidad científica española, algunos otros se refugiaron en la actividad docente para transmitir, al menos, ya que no resultados, inquietudes y preocupaciones a las nuevas generaciones. Finalmente, como era inevitable, otros cayeron en el desánimo.

Quienes trabajamos en los espacios fronterizos de las *ciencias agrarias*, cuando limitan con las del *hombre*, o con las de los *recursos naturales*, somos testigos de la ventajosa apropiación de créditos que practican las disciplinas *analíticas* frente a las de *síntesis*. Una apropiación que alcanza hasta al lenguaje mismo. Hoy los cánones de *excelencia* están volcados en las denominadas ciencias *duras*. Lo demás no solo no logra ser *excelente* o (sencillamente) *bueno* es que **ni siquiera se considera ciencia**. Entendemos que se ha ido más allá de lo razonable en esta especie de *pensamiento único* que subestima todo lo que se considera local, lo nuestro, lo que nadie vendrá de fuera para hacerlo por nosotros.

El 60 % de la S.A.U. del país, como hemos explicado, está en reconversión, configurando no solo un espacio en abandono rural sino también un ámbito en abandono científico y técnico. El cuidado y atención hacia los agrosistemas mediterráneos no encuentra en las disposiciones actuales su encaje adecuado, pero es sobre todo en los sectores de mayor especificidad natural y socioeconómica donde más repercute la falta de un compromiso público en I+D, una apuesta que sea capaz de acercarnos al nivel de desarrollo que tienen otros agrosistemas europeos.

Cada vez más, las actividades de la agricultura extensiva, especialmente en las zonas de montaña (tanto en silvicultura como en pastoralismo), interactúan con los objetivos de las políticas de conservación de la naturaleza, protección del ambiente natural, y mejora de la calidad de vida. De modo que este "**a modo de epílogo**" pretende ser también un "**a modo de prólogo**", el prólogo de un cambio que —entendemos— está por llegar. Muchos de nosotros no solo no nos oponemos al discurrir de los tiempos, como habitualmente se nos quiere presentar, sino que también deseamos un sistema de I+D que se aproxime cuanto antes al de los países en vanguardia. Ninguno de dichos países descuida sus bienes naturales y culturales, ni penaliza como el nuestro a quienes les dedican su carrera científica. En eso reside también su "riqueza": en el aprecio que otorgan a su patrimonio. Pero esa es otra historia.